

Desde ese día me unió con su padre una cordial amistad, y siempre, en mi carrera literaria, tuve los estímulos, los consejos y las suaves censuras de don Tulio Ospina, cuya modestia hizo que fuéра de Antioquia no se le conociera como lo merecía; pero para dar la idea de su talento y de su ilustración—ilustración que bien podría llamarse sabiduría—, baste recordar que el gran Camilo Flammarión lo citó elogiadoramente como uno de los sabios de la América española y como una autoridad en astronomía.

Y va la del doctor Esteban Jaramillo.

Esteban Jaramillo, que figura, con sobradísima razón, entre los colombianos más ilustres, nació como nacemos todos, o al menos como nacíamos en mi tiempo: llorando; pero él lloraba más que todos, sin que los historiadores y astrólogos hayan podido averiguar si ese llanto desafortado era hijo de que presentía que en el futuro iba a oír por radio discos yanquis y a ver películas de revistas, o por lo muy enclenque que el angelito estaba.

Porque nació tan enclenque Esteban Jaramillo, y tan feíto—confesémoslo de una vez—aunque después dio la vuelta y se volvió un cachaco muy transitable—, que su padrino, el respetable patriarca don Nemesio Arango, el día de bautizarlo, le preguntó a la santa señora madre del catecúmeno:

—¡Comadre, por Dios! ¿Usted qué va a hacer con este muchacho tan flacuchento?

—Voy a criarlo para presidente de la república—contestó sonriendo la venerable dama.

Casi fue profetiza. Si su hijo aún no ha sido presidente, por lo menos lo merece; todavía puede serlo